



Amina

Ricardo Cabrera
Julio 11, de 2020

El sueño de Amina por fin se convertía en realidad, después de muchos años de duro trabajo, sin desdeñar ninguno por indignante que fuera, incluso, durante un tiempo –corto, por suerte- ejerció la prostitución. Por fortuna eso era cosa del pasado. Temprano por la mañana, había recibido las



llaves de su propia vivienda. Eso, la convertía en la flamante propietaria de su propia casa. Y lo que era mejor aún, no existía una deuda posterior para seguir pagando. Ni ella misma creía que la suerte se apiadara de ella y le sonriera, aún era joven, podía aspirar a tener una vida. Se trasladó hasta la propiedad, quedaba un tanto retirada del centro de la ciudad, el transporte para llegar era escaso, se las tenía que agenciar como fuera, a pie, el recorrido serían unos cinco kilómetros de terracería mala, por las mañanas eso importaba tanto, pero por las noches el camino podría traerle problemas.

Amina, se había propuesto dejar las quejas personales de lado, muchas cosas negativas habían ocurrido en su vida, como para comenzar ahora que ya era una señora de casa, con quejas de desamparados de la fortuna. No, definitivamente no comenzaría esta nueva etapa de esa forma. Decidida, se agenció un viejo



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

carromato, jalado por una mula de mediana edad, aun aguantará bastante, pensó. De esta forma, el trayecto sería menos pesado.



Su modesta vivienda, a la cual ella veía como un palacio, tenía una hermosa vista del Popocatepetl e Iztaccíhuatl, las mañanas eran frías en cualquier época del año, pero los cielos, de tan azules y limpios dolían en los ojos. Además, la tierra parecía buena, negra como

su pasada juventud y porosa como sus bolsillos.

Del pueblo cercano, trajo toda una colección de semillas para hortalizas: zanahorias, remolachas, coles, etc. y las veía creciendo con la misma alegría que ahora las plantaba. Se sentía tan contenta que parecía que su pecho reventaría

Se hizo de un azadón y dio comienzo a la tarea de obtener las bondades del pedazo de tierra que compró. Las faenas se prolongaban hasta que los últimos ratos del sol la saludaban para dar paso a la noche. Ella misma construyó un pequeño pórtico, se sentaba por las noches y veía a la luna ascender por encima de los volcanes, todo le parecía maravilloso, el cansancio físico pasaba a segundo término. La cama la recibía y le brindaba un sueño reparador.

Su inicial recompensa fueron un puñado de polvorientas zanahorias arrancadas del suelo, las raíces naranjas, gordas y relucientes una vez lavada, eran su orgullo. Sentir el sabor dulce en su boca fue una experiencia casi mística, agradeció las bondades obtenidas hasta el momento. Entro en su vivienda y las seleccionó de acuerdo con la calidad. Temprano por la mañana las llevaría a vender a la ciudad.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

En algún momento de su vida, Amina se había convertido en una excelente partera, el primer niño que llegó al mundo gracias a sus esfuerzos, fue por azar, sin tener de otra, más que auxiliar a la joven mujer que paría sin ayuda, en el medio del campo. Como pudo, un poco por propia naturaleza y devoción y otro por instinto, los llantos del bebé recién nacido, agradecieron su labor. Amina se convirtió en la partera oficial de un grupo de cristeros que se entretenían diariamente en sus pequeñas guerrillas en defensa de su fe. Sin lugar fijo, se había acostumbrado a la vida nómada, a fuerzas de prueba y error, muchos fueron los nuevos seres humanos que llegaron a este mundo gracias a sus buenas artes.

Aun no llegaba a los cincuenta años, se sentía en plenitud de fuerzas, era fuerte como la mula que había comprada y correosa como cuerda curada de esparto.

Durante el primer año, quienes la fueron conociendo como una vendedora constante de vegetales le tenían estima, más aún, por haber regresado a su antiguo oficio de partera. Esto ocurrió como la primera vez, un tanto por casualidad o si se cree, por el destino. Una joven mujer, comerciante de nopales y cercana a su propio puesto, comenzó con los dolores de parto, algunos curiosos se acercaron sin saber qué hacer, solo veían estúpidamente, pero nadie le prestaba ayuda. Al escuchar los gritos de dolor de la mujer, corrió para prestarle ayuda, la higiene, no fue un tema que estuviera presente en el recibimiento de una niña hermosa. Fue coreada con gran estrepitito por los allí presentes, se convirtió en la heroína del día. A partir de allí, sus servicios eran solicitados regularmente, recibió el pago de cerdos, chivos, y gallinas, de tal forma que se convirtió en una mujer con un capital en activos, un tanto interesante, lo suficiente como para que no faltara quienes aseguraban que se dedicaba a malas artes y que sus animales se duplicaban por ejercicio de estas. Pocos veían en Amina, a la mujer trabajadora y noble que ayudaba a quienes necesitaran de su ayuda, sin esperar a cambio retribución alguna. No faltó quien recibiera de ella: Leche, vegetales, huevos o hasta una gallina que



formaban su patrimonio. Aunque las maledicciones de la gente a sus espaldas eran una constante, Amina no prestaba gran atención a ellas, se había habituado a la envidia, así que, no le causaban mella alguna.

Un par de golpes muy fuertes sobre su puerta, la despertaron, la claridad de la luna llena entraba por su ventana abierta, era el sexto día del mes de junio y aunque no hacía calor, Amina gustaba de recibir el frío viento que bajaba de las montañas.

Se apresuró a ver quién tan desesperadamente la buscaba a esas horas de la noche. Era un hombre bastante joven, casi un muchacho, sus facciones se veían desencajadas, la puso al tanto de la situación en forma inmediata, su mujer estaba próxima a parir, la había trasladado desde un racimo de casas cercanas, seguramente después se transformarían en un pueblo. Yacía sobre paja en una carreta casi a la entrada misma de su casa.

Salió para ver a la joven, la cara de ella se vía mucho menor que la del marido. La luna en lo alto señalaba casi las doce de la noche, la mujer, en un grito pedía que la ayudaran a aliviar el dolor que la partía en dos. Entre ambos, se dispusieron a bajar a la mujer de la carreta, desde su posición en la parte trasera del armatoste, Amina se dio cuenta que ya no habría tiempo para llevarla al interior. La mujer estaba pariendo, trepó con la agilidad de una adolescente y tomó la mano de la chica. Esta, al sentir el apoyo de alguien, la apretó con fuerza. Volvió la mirada al joven a su lado, preguntó por el nombre de su mujer, y este le contestó que se llamaba Lilia. Amina se estremeció al escucharlo, no esperaba esta casualidad, pero el nombre sonaba muy parecido a la infortunada primera esposa de Adán. La luna llena había llegado a su cenit. El alumbramiento estaba ya en curso, un varón fue recibido en las manos ensangrentadas de Amina, el joven estaba radiante, el primer llanto saludo a la noche, los pulmones del bebé, sin duda eran fuertes. La felicidad inicial derivó pronto en una conmoción por parte de ambos, la mujer se desangraba, algo no iba bien, la chica perdía la batalla contra la muerte, su vida se



apagaba rápidamente, el sangrado profuso, imposible de parar, era como rojo río que fluía de entre sus piernas.

la sangre, buscaba los resquicios de la carreta y se colaba entre la paja y las rendijas que quedaban entre los tablones.

Una gota primero, cayó con lentitud sobre la tierra, siempre ávida de humedad, otra más, hasta convertirse en una mancha que pronto fue absorbida, En el lugar donde la tierra recibiera el preciado líquido, no quedó huella alguna. Fue como si nunca hubiera existido. Arriba, la mujer exhalaba su último aliento. El joven, desconsolado lloró a lágrima viva. Lilia, se despedía del mundo sin haber conocido a su hijo. Amina, bajo de la carreta, dejó a solas el al muchacho, era necesario que se desahogara, sus gritos semejaban a los animales del monte, su dolor, solo era observado por la noche que continuaba avanzando.

Amina entró a la casa con el bebé desnudo en brazos. Tinto de sangre y aun con el cordón umbilical recién separado de la madre. Calentó agua de inmediato y procedió a lavar el cuerpecito del niño que continuaba llorando.

El color rojo fue cediendo poco a poco, dejando ver una piel extremadamente blanca, casi tanto como la leche de sus cabras. Sus padres con color marrón bastante común entre los pobladores del lugar, desentonaban con el niño en sus brazos. Recostó al niño sobre su cama, y salió para ver en qué condiciones estaba el padre. El joven no se veía por ninguna parte, se acercó a la carreta, allí estaba, recostado sobre su mujer muerta, Amina presionó suavemente sobre su pantorrilla, seguramente estaba devastado por lo que acaba de suceder. No hubo respuesta, subió a la carreta, contempló con horror, la imagen nítida que se perfilaba con la luna, el joven, de quien nunca supo el nombre, se había cortado las venas, una incisión a lo largo del antebrazo, comenzaba desde la muñeca y se prolongaba, profunda, sobre sus carnes, ambos brazos presentaban las mismas heridas. No



habiendo resistido la ausencia de su mujer, había decidido seguirla a donde quiera que esta fuera.

Bajó de la carreta, estaba asustada, realmente asustada, pero no lo suficiente para quedarse sin saber qué hacer. Extendió su mano hacia los jóvenes, hizo la señal de la cruz y los cubrió con la paja del carromato. Temprano por la mañana sabría que hacer al respecto.

Regresó al interior de su casa, demudada, Amina, quien se había acostumbrado a los horrores repentinos que las guerrillas le presentaban en el día a día en su andar con los cristeros, no estaba preparada par lo que sus ojos presenciaron.

Un enorme coyote, se cebaba con el cordón umbilical del niño, este no parecía sentir dolor alguno, y la bestia no parecía tener intenciones de atacarlo. El animal, al verse interrumpido, la miró fijamente, los ojos de ambos se fundieron en una sola mirada.



Amina sentía el miedo en lo más profundo de su ser, se había quedado paralizada, su cuerpo de pie, obstruía la única entrada de la habitación.

El animal abandonó su tarea y se dirigió lentamente donde ella, sin saber cómo, Amina liberó de su cuerpo la puerta abierta. El coyote, atendiendo la invitación, pasó a su lado. Se detuvo antes de salir y se volvió hacia el cuerpo de Amina que seguía en la misma posición. El enorme animal, lamió una de las manos de la mujer y salió a la noche que se había hecho, repentinamente oscura.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Tan pronto el extraño visitante abandonó el lugar, Amina cerró la puerta tras de sí. El temor supersticioso invadió su cuerpo haciéndola temblar como una hoja. El llanto del niño la devolvió de su estupor.

Lo revisó con cuidado para conocer el nivel de daño, con excepción del desaparecido cordón, el bebé estaba bastante bien. Al sentir las manos de la mujer sobre de él, el niño respondió con una sonrisa dibujada en su boquita. Lo arropó y lo dejó sobre su cama, Un viento más frío de lo usual entró por la ventana, la cerró, pero la sensación continuaba. Se acurrucó al lado del recién nacido y su cuerpo lo cubrió con su calor.



Los resquicios entre la ventana, dejaron entrar los primeros rayos del sol, asomaba sin el conocimiento de la tragedia humana ocurrida durante la noche. Amina se despertó, el bebé continuaba a su lado, se apreciaba tranquilo, durante la noche no había dado señales de inquietud. Recordó los jóvenes padres que estaban en el exterior, era necesario tomar una decisión con respecto a ellos, se dirigió al exterior, pero la sorpresa fue mayúscula. No había señales del carromato, no había escuchado ruidos durante la noche, seguramente el caballo que jalaba el vehículo se había dado a la fuga al ver al coyote que había estado allí durante la noche, eso debía ser. Aunado a esto, Amina, imaginando que la tierra estaría cubierta por la sangre de los jóvenes, no encontró trazas de esta, la tierra continuaba igual que el día anterior. Asustada, se dirigió al interior, el niño estaba allí, los eventos, por



supuesto que tuvieron lugar, no estaba loca, aunque muchos en el mercado opinaran lo contrario.

El silencio reinante era extraño, hasta ahora caía en cuenta de eso, salió nuevamente, frente a la casa, la tierra se veía yerma, sin cambio alguno, se dirigió a la parte trasera de casa, la vista que se ofrecía a sus ojos, la horrorizó, sus animales yacían muertos, y las hortalizas, marchitas. Excepto por una cabra, todos los demás animales parecían haberse congelado. Como si una mano helada les hubiera arrancado la vida de golpe en el mismo lugar donde estaban parado o descansando. La mula no había corrido con mejor suerte, el desastre era de magnitudes catastróficas para ella.

Entró a su casa, el bebé dormía plácidamente, la extraña situación la tenía aterrorizada. El llanto del infante tuvo nuevamente el efecto de ubicarla en la realidad. Seguramente, reclamaba por alimento, se acercó a él. El niño era hermoso, su piel era más blanca a la luz del día, lo acercó a la ventana; el sol pareció agradar al niño, que se movió inquieto, reclamaba nuevamente por comida. Sin saber qué hacer, pensó en caminar hasta el caserío y buscar a alguien que pudiera amamantarlo, además de dar a conocer la triste noticia de los jóvenes muertos y desaparecidos, posiblemente sus familiares fueran de ese lugar y se hicieran cargo del niño que ahora tenía en brazos. El bebé lloraba más fuerte, el hambre le causaba estragos. Amina intentó calmarlo. Escuchó golpes en la parte baja de su puerta, se repetían una y otra vez, con el niño en brazos, la abrió. Frente a ella se encontraba la única cabra que había visto la nueva luz del día, el animal baló repetidamente, sus ubres se apreciaban llenas, la cabra entró y se colocó a un lado de la mujer, que atónita no entendía en forma cabal la situación.

El bebé parecía querer desprenderse de sus brazos, buscando en forma desesperada alimento. Amina pareció comprender, la luz rompía con la oscuridad que el horror había ocupado en su cerebro. Jaló un banquito que usaba para



ordeñar a las cabras, se sentó en él con el niño aún en brazos. Acercó un cuenco de barro para que recibiera la leche, los movimientos acompasados obtuvieron el éxito necesario para obtener un poco del blanquecino líquido.

Se levantó, buscó una cuchara y la llenó con la leche, la acercó a la boquita del bebé, que ávidamente le dio fin, aunque esto no pareció saciarlo, en un arranque llevada por el instinto, acercó al niño a las ubres de la cabra, el niño, se



prendió de una de ellas como si se tratara de su propia madre. Amina no salía de su estupor, no daba crédito a lo que veía, temía por la salud del niño, pero no podía hacer otra cosa.

Ahíto de leche, el llanto del bebé fue cosa del pasado, tomó un trapo, lo humedeció en agua y limpio la cara del bebé, después hizo lo propio con todo su cuerpo, esta vez lo haría con toda propiedad, lo limpio a conciencia.

Amina casi entra en shock, no era posible que no se hubiera dado cuenta antes, aunque; claro, las cosas habían ocurrido en una forma tan vertiginosa que algo como lo que tenía enfrente se pudiera haber escapado a su aguda vista.

El bebé, tenía seis dedos en uno de sus pies. Con miedo, paso la mano sobre el sexto pequeño apéndice, parecía una pequeña colita de topo, pero estaba perfectamente unida a su piececito. El bebé movió el pie, era evidente que no le gustaba ser tocado en esa sensible parte de su cuerpo.

Amina vio su carita con detenimiento, las facciones del niño, eran en extremo armoniosas, sus cejas perfectamente delineadas y su pequeña boquita parecía un



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

botón de rosa. El bebé pareció sentir la mirada fija en su persona. Abrió los ojos lentamente. Eran grises, tanto como el coyote que los había visitado la noche anterior. 